

MARC BLOCH

LA EXTRAÑA DERROTA

Testimonio escrito en 1940



En su obra póstuma, Marc Bloch, para algunos el mejor historiador del siglo XX, quiso contarnos sus experiencias del hundimiento de Francia en 1940: de una extraña y vergonzosa derrota que vivió como capitán de Estado Mayor, pero es también la reflexión de un intelectual que asume la responsabilidad de quienes no se atrevieron a implicarse en los problemas de su tiempo.

Marc Bloch (1886 – 1944) fue un historiador francés especializado en la Francia medieval. Murió fusilado a manos de la Gestapo durante la segunda guerra mundial junto a otros 29 resistentes.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La extraña derrota](#)

[La extraña derrota](#)

[PRÓLOGO](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[Nota del Editor](#)

[Primera Parte](#)

[I. Presentación del testigo](#)

[II. Deposición de un vencido](#)

[III. Examen de conciencia de un francés](#)

[Segunda parte](#)

[El testamento de Marc Bloch](#)

[Tercera Parte](#)

[I. La alimentación humana y los intercambios internacionales en los debates de Hot Springs](#)

[1. Problemas](#)

[2. Las resoluciones de la conferencia](#)

[3. Postura de las diferentes potencias en Hot Springs](#)

[4. Postura y perspectivas de Francia.](#)

[II. La verdadera era de los jueces](#)

[III. Un filósofo de grata compañía.](#)

[IV. A propósito de un libro demasiado poco conocido](#)

[V. Sobre la reforma de la enseñanza](#)

[Palabras preliminares de Georges Altman](#)

[Anexos](#)

[I. Informe sobre los abastecimientos del 1.er Ejército](#)

[1. Condiciones generales de funcionamiento del servicio](#)

[2. Organización general del servicio](#)

[3. Organización de los enlaces](#)

[4. Material](#)

[5. Organización de los abastecimientos](#)

[6. Destrucción](#)

[II. Las menciones militares honoríficas de Marc Bloch, 1915-1940](#)

[III. A modo de epígrafe para «La extraña derrota»](#)

[IV. El general que perdió a su ejército](#)

[V. Marc bloch y la U. G. I. F.](#)

[1. Correspondencia con Jean Ullmo](#)

[2. Cartas sobre la U. G. I. F.](#)

[3. Nota de georges friedmann sobre la uniónDe los israeli-
tas de francia](#)

[4. Firmantes de la carta de marc bloch](#)

[Sobre el autor](#)

[Sobre el prologuista](#)

[Notas](#)

PRÓLOGO

I

Cincuenta años después de la catástrofe de 1940, cincuenta años después de la redacción de lo que su autor llamó modestamente «un proceso del año 1940», el «testimonio» del gran historiador, resistente muerto por la patria, sigue siendo el análisis más penetrante y acertado de las causas de la derrota. Gracias a una gran cantidad de recuerdos, encuestas, investigaciones y confidencias, gracias a la apertura (incompleta) de los archivos, hoy sabemos mucho más sobre las circunstancias del desastre que en el momento de la publicación de la segunda edición del libro, en 1957. Pero todo el saber acumulado no ha hecho más que confirmar la profundidad y la exactitud de la sentencia que este excombatiente de dos guerras mundiales dictó, justo después de la caída, sobre el drama nacional.

El cofundador de los *Annales* sabía que «sin inclinarse sobre el presente resulta imposible comprender el pasado». Historiador dotado para las grandes perspectivas históricas, crítico con una enseñanza de la historia obsesionada por la política y «púdicamente» reacia a cualquier «análisis social», Marc Bloch supo, en este ensayo, inscribir su análisis de la derrota dentro de la continuidad y los cambios de la historia de Francia y hacer gala de su perspicacia sociológica y de su dominio de la psicología colectiva.

Lo primero que demostró y desbarató fue la causa inmediata de un desmoronamiento sin precedentes: «la incapacidad de los mandos». La derrota de 1940 fue ante todo militar y no se debió, como se quiso creer en un principio, a la inferioridad numérica de las fuerzas y de los armamentos

emplazados en el frente por Francia e Inglaterra, sino a un déficit intelectual y a una deficiencia administrativa. El testimonio del capitán Bloch es sumamente valioso a este respecto, y ha sido completado por muchos estudios sistemáticos: un exceso de papeleo, la mala organización de los enlaces y los informadores, la multiplicación de escalafones y grados, la fragmentación de los mandos supremos, las rivalidades entre los servicios militares y los jefes, la rutina de un «adiestramiento» que no tiene nada que ver con la verdadera disciplina, el miedo a los «líos» y la aversión por las sanciones, la dilución de las responsabilidades..., todos estos factores (que Michel Crozier corroborará, generalizará al conjunto del país y sistematizará más adelante) se señalan despiadadamente, y se deben también en parte a un déficit intelectual que Bloch fue nuevamente el primero en denunciar.

Se trata del embotamiento provocado por el dogma de la guerra defensiva, es decir, por la conversión en doctrina de la «lección» aprendida en los combates de 1914 a 1918, a pesar del profundo abismo tecnológico y político que separaba las circunstancias de la primera y la segunda guerra mundial. Lo que Bloch pone en tela de juicio es tanto un método de formación basado en el verbalismo, en las «ideas generales» (Bloch coincide en este sentido con el desprecio de Charles de Gaulle por el dogmatismo puntilloso de la teoría militar tras 1918), como un sistema de promoción que colocaba a la cabeza de las tropas francesas a unos ancianos incapaces de cuestionarse su interpretación de la victoria anterior, es decir, incapaces de cuestionarse a sí mismos y, por ello, incapaces de reaccionar como lo había hecho Joffre después de los desastres del verano de 1914. La estrategia francesa consistía en prever todo, hasta el detalle más nimio, pero partiendo de un número muy reducido de hipótesis sobre la probable estrategia enemiga. Asimismo, como vio claramente Bloch, se conjugó la inmovilidad en el frente del Este con una maniobra

mal preparada de socorro a los belgas, en cuyo frente se alinearon fuerzas mediocres en todos los aspectos. Era la peor fórmula posible y, por ello, «los dos adversarios que chocaron en nuestros campos de batalla pertenecían a dos eras diferentes de la Humanidad. En suma, hemos reproducido los combates característicos de nuestra historia colonial, en los que se enfrentaban lanzas contra fusiles, con la diferencia de que, en esta ocasión, los primitivos éramos nosotros».

Sin embargo, Bloch era también consciente de que «los estados mayores trabajaron con los instrumentos que les dio el país» y que vivían en un «ambiente psicológico cuya creación no era su responsabilidad exclusiva». Para explicar 1940 es necesario, por consiguiente, dar cuenta de las deficiencias de la sociedad y de la comunidad política francesa. En unas cincuenta páginas extraordinariamente densas, Bloch emprende un «examen de conciencia de los franceses», producto tanto del ciudadano como del historiador. El historiador sabe, por instinto y por oficio, tomar de inmediato la suficiente distancia para abarcar y juzgar el conjunto del drama que acaba apenas de producirse: se trata de una hazaña extraordinaria. Es severo con una derecha cuyo derrotismo ha sido, «a lo largo de casi todo nuestro devenir», una «tradicición constante» y que, entre las dos guerras, pasó del chovinismo a lo que los ingleses llaman *appeasement*. Y el historiador de la Francia rural se muestra sarcástico ante el culto de Vichy por el retorno a la tierra: «sólo en las églogas se trata a los pueblos como un remanso de paz»; la «literatura de la renuncia» que, entre las dos guerras, achacó todas las culpas a la «americanización» y a las máquinas, condenó a Francia al declive: «lo que acaba de ser derrotado en nosotros es precisamente nuestra querida y pequeña ciudad de provincias». Ante todo, el historiador capta de manera admirable la evolución de las clases dirigentes hacia la democracia; la aceptaron mientras «los usos y costumbres, como sucede ordinariamente, evolucionaron

más lentamente que el derecho», es decir, mientras el sufragio universal respetó «la dominación tradicional ejercida sobre las provincias por los notables de las clases medias». Pero, en cuanto la «tragedia económica» del decenio de 1930 condujo a la formación del Frente Popular, «la actitud de la mayor parte de la opinión burguesa fue inexcusable»^[2].

El ciudadano que se expresa de esta guisa no trata a nadie con miramientos. Ni a una burguesía «amargada», incapaz de comprender el «entusiasmo de las masas ante la esperanza de un mundo más justo» y propensa a considerar al régimen político «corrupto hasta la médula» y al pueblo «degenerado». Ni a los sindicatos obreros (o los sindicatos de funcionarios), obcecados en la defensa de las «perras chicas», en «los beneficios a corto plazo», incapaces de mayor amplitud de miras, ni a un pacifismo incapaz de distinguir «entre el asesinato y la legítima defensa». Ni a las grandes escuelas y universidades, donde reinaban los «hijos de los notables», la cooptación y también «la rutina, la burocracia, la arrogancia colectiva». Ni a una enseñanza articulada en torno a la preparación de exámenes y recelosa ante la iniciativa y la observación. Ni a un marxismo esclerotizado, tan hostil a las herejías como el pensamiento militar oficial. Ni a un estado mayor parapetado tras «un muro de ignorancia y error», que no sintonizaba con la vida política del país y cuyos jefes «consideraron en seguida natural la derrota». Ni a un régimen más débil que perverso. Ni a una política exterior altanera y que no guardaba relación alguna con el poder mermado de la nación después de la victoria agotadora de 1918. Ni a sí mismo o a los que, como él, tenían «lengua, pluma y cerebro» pero que, «por una especie de fatalismo», no los emplearon para informar e instruir a la colectividad. Orgullosos de haber sido «buenos obreros» en sus tareas diarias, no cumplieron con el deber de ser buenos ciudadanos y luchar por la «virtud» que la Revolu-

ción Francesa y, antes que ella, Montesquieu, habían proclamado indispensable para cualquier estado popular.

Comparemos el diagnóstico de Bloch con otros dos análisis célebres. Léon Blum, un año más tarde, en la cárcel, realizó en *À l'échelle humaine* un examen de conciencia personal. En casi todos los puntos coincide con Marc Bloch: en su juicio sobre el régimen, sobre la «falta manifiesta de ascendente moral de la clase obrera», sobre los estragos del pacifismo, sobre una burguesía mal preparada para un «capitalismo intensificado». En el primer volumen de sus *Memorias de guerra*, Charles de Gaulle, más crítico aún que Blum y Bloch en relación con el régimen parlamentario y la «aniquilación del estado», recurre al ejemplo de su propia y estéril lucha por una preparación adecuada a la guerra moderna para ilustrar el conformismo y la pasividad del «cuerpo militar», que se corresponden con «el espíritu del régimen y del país». De los tres estudios, *La extraña derrota* es el más completo y contundente.

II

El examen de conciencia concluye con un llamamiento a la revancha: «espero, en cualquier caso, que aún nos quede sangre por derramar», una fórmula gaulliana donde las haya, porque preconiza exactamente lo contrario del repliegue timorato del «gobierno de vejestorios» de Vichy, un gobierno alborotado y caótico, cuya preocupación por preservar vidas francesas desembocará en la aceptación del oprobio, en la participación en las maldades y en la multiplicación de las víctimas de la represión y de la guerra interior. El libro de Marc Bloch es doblemente ejemplar: porque su veredicto no ha sido igualado y porque su autor no sólo nos revela sus pensamientos íntimos, sino que, en los

pocos años que le quedaron de vida, supo actuar en consonancia con sus principios personales.

¿No son el Marc Bloch de *La extraña derrota* y, más adelante, el Narbonne de la Resistencia, el producto más puro posible de cierto ideal humano, el del ciudadano republicano? Un ideal vislumbrado primero por la Revolución Francesa (antes de la deformación del jacobinismo del Terror, producto, por su parte, tanto de las circunstancias como de la lógica de cierto totalitarismo democrático, que se impuso a la lógica liberal). Más adelante lo ensalzó otro gran historiador, Michelet, y Renouvier. Finalmente, fue reentronizado por la Tercera República, situada entre la generación de los padres fundadores y la victoria de 1918 (es decir, durante la infancia y la adolescencia de Marc Bloch).

El ciudadano republicano es ante todo liberal, no en el sentido del liberalismo conservador de tantos pensadores franceses del siglo XIX e incluso del XX, que tenían a fin de cuentas más de conservadores que de liberales, sino en el sentido definido a la perfección por el propio Marc Bloch:

Dado que la ciudad está al servicio de las personas, el poder debe sustentarse en su confianza y esforzarse en conservarla a través de un contacto permanente con la opinión pública. Sin duda, dicha opinión puede y debe ser guiada, pero jamás forzada ni embaucada, y sólo mediante el uso de la razón puede el jefe instigar sus convicciones. Así pues, por encima de todo debe distinguir las aspiraciones profundas y permanentes de su pueblo, expresar claramente lo que éste niega, en ocasiones de una manera bastante confusa y, por decirlo de alguna manera, revelárselo a sí mismo. Semejante debate sólo puede llevarse a buen puerto en una situación segura. El estado, al servicio de las personas, no debe forzarlas ni utilizarlas como instrumentos ciegos para la consecución de fines que ignoran. Sus derechos tienen que ser protegidos por un orden jurídico estable. La tribu unida indisolublemente a su jefe por una pa-

sión colectiva ha sido sustituida por una ciudad gobernada por leyes.

Para los verdaderos liberales, la enseñanza siempre ha sido el tutor de la razón y el instrumento que permite a los sujetos convertirse en ciudadanos, lo que explica el gran poder de seducción, o más bien de convicción, del modelo del ciudadano republicano para los enseñantes franceses, desde los maestros de escuela hasta los universitarios.

Pero este modelo comporta algo más que la mera fe en el régimen representativo. También recoge la herencia de Rousseau y de la pulsión revolucionaria: la República «como el régimen de todos», protectora tanto de la independencia nacional como de la libertad interior, expresión no sólo del civismo de millones de individuos, sino también de la voluntad general. Marc Bloch, contemporáneo de Durkheim, habla de la conciencia colectiva, la conciencia del pueblo. Por esta República, por esta encarnación moderna de la nación francesa, es por la que los ciudadanos tienen el deber de luchar, y a menudo de morir. Como buen liberal, como Montesquieu, Bloch desconfiaba de los regímenes asentados más sobre la «sugestión emotiva» que sobre la información y, como se verá, oponía los magistrados a los «jefes». Pero el republicano sabía que, cuando llega el momento del combate, el jefe es indispensable:

Ser un verdadero jefe probablemente sea ante todo saber apretar los dientes; instigar en los demás esa confianza que nadie puede proyectar si carece de ella; negarse hasta el final a perder la esperanza en los propios recursos; asumir, por último, tanto para los que están bajo su mando como para sí mismo, el sacrificio fecundo antes que la vergüenza inútil.

Nuevamente una definición gaulliana —y un retrato tanto de Charles de Gaulle como de Marc Bloch—. Este universitario clásico y meticuloso, tan bien descrito por Georges Altman, sentía aprecio por la vida militar, el aprecio «del orden entre los mandos». La vida militar le permitía

trabajar al servicio de su país y poner en práctica su pasión por la organización. La muerte no le daba miedo; en su cuaderno de apuntes, durante los años negros, recogió, en forma de epígrafe, varias citas que revelan que pensaba con frecuencia en ella sin angustia: por ejemplo, la de Lamennais, en la que se dice que «siempre estará incompleta una vida hermosa que no acabe en el campo de batalla, el patíbulo o la cárcel», o el siguiente verso de Ronsard: «una buena muerte es un ornato de la vida humana».

En *La extraña derrota*, Bloch advierte que los mejores soldados son los que, en la vida corriente, hacen bien su oficio, «sobre todo si la necesidad innata de realizar conscientemente el trabajo se conjuga con el instinto de la colectividad». Es un preludio de su ingreso en las filas de la Resistencia, una decisión perfectamente coherente con su patriotismo, sus convicciones, su rebelión contra el nazismo y sus cómplices franceses, su desprecio por la gerontocracia de Vichy, su voluntad de volver a enseñar al pueblo francés «el viejo axioma de la lógica clásica: A es igual a A , B es igual a B , A no es igual a B ».

Perfectamente coherente... Y, sin embargo, ¡qué extraordinaria conmoción en su vida, hasta entonces recatadamente «burguesa»! Este hombre severo, irónico y distante (para sus hijos tanto como para sus alumnos) era un ser profunda pero púdicamente sensible, que albergaba dos pasiones intensas: una de ellas, por su familia (sabemos que el hecho de que su madre y sus dos hermanos mayores no pudieran mudarse al mismo tiempo que él a Estados Unidos, donde le esperaba un puesto en la New School, le hizo renunciar a irse de Francia) y sobre todo por su mujer, como demuestran unos poemas en los que se expresa con gran emotividad el temor de la separación. La otra pasión era la de la colectividad nacional, desde los «buenos compañeros» del ejército, que ensalzó en otro hermoso poema, hasta la nación en su totalidad. En aras de esa pasión decidió sacrificarlo todo; con cincuenta y siete años, dejó mujer

y hogar para lanzarse a la vida clandestina, en Lyon y París, aportar a la Resistencia su talento para la organización, y a la Francia nueva, que invoca de corazón al final de *La extraña derrota*, sus reflexiones sobre el presente y el futuro, así como las dirigidas al *Comité général d'études* (que le encargó un informe sobre la universidad, inacabado en el momento de su detención).

Héroe y mártir de la Resistencia, este ciudadano republicano ejemplar tenía dos particularidades que determinaron que eligiera esa vía. Historiador descontento con la historia oficial, tenía una concepción sutil, antideterminista, de la historia, que le permitió comprender que la derrota no tenía nada de definitivo, siempre y cuando se produjera una toma de conciencia colectiva sobre la posibilidad de un resurgimiento salvador.

Porque la historia es, en esencia, una ciencia del cambio. Sabe y enseña que dos acontecimientos no se reproducen nunca de una manera totalmente idéntica, porque las condiciones en que se dan nunca coinciden exactamente. Sin duda, identifica elementos de la evolución humana, cuando no permanentes, al menos sí duraderos. Pero no deja de reconocer, al mismo tiempo, que sus combinaciones pueden ser de una variedad casi infinita. Sin duda admite que se den repeticiones entre una y otra civilización, si no en todos sus rasgos, al menos en las constantes generales de su evolución. En ese caso constata que las condiciones generales imperantes en cada caso fueron semejantes. Puede tratar de adentrarse en el porvenir; en mi opinión, no es incapaz de lograrlo. Pero lo que nos enseña no es que el pasado vuelva a comenzar, que lo que fue ayer será mañana. Al analizar en qué medida ayer difiere de antes de ayer y por qué, este cotejo le permite prever en qué sentido el mañana, por su parte, se opondrá al ayer.

Por último, este historiador republicano era judío. Como tal, fue víctima de la horrenda legislación de Vichy (y es posible que, antes de la guerra, sus fracasos en el *Collège de*

France guardaran relación con el creciente antisemitismo). Pero, en su calidad de judío, se sentía y quería ser ante todo francés y republicano —aunque ciertos franceses, a la sazón en el poder, consideraran a los judíos ciudadanos sospechosos o (en el caso de los judíos extranjeros) caldo de cultivo de la disolución—. La Revolución había dado a los judíos los mismos derechos que a los demás franceses; nacido en una familia de origen alsaciano, completamente «asimilada» y patriota, carente de inclinaciones religiosas, convencido de que la integración del individuo en la nación significaba progreso y liberación sociales y culturales, Marc Bloch, como tantos judíos franceses, vio en la persecución un motivo suplementario para declararse francés. Fue Vichy el que quiso incluir a los judíos en una categoría aparte, fue el nazismo el que recurrió a la demonología racista. Era por lo tanto perfectamente natural que Marc Bloch y muchos de sus colegas y amigos judíos protestaran contra la Unión de los Israelitas de Francia creada por Vichy a finales de 1941, y vieran en ella «un nuevo paso hacia la degradación, desde el punto de vista legal, de su condición de franceses», un atentado contra la unidad nacional. Era natural —aunque pueda sorprender, no sin razón, cincuenta años más tarde— que Bloch insistiera en la solidaridad entre franceses y no en la solidaridad entre judíos (franceses y extranjeros), por mucho que, debido a la política de Hitler y en parte a la de Vichy, las redadas y deportaciones de judíos extranjeros por Vichy (posteriores a la afirmación de Marc Bloch, en una carta del 2 de abril de 1941, de que la causa de los judíos refugiados «no es exactamente la nuestra») fueran el prelude de las redadas y deportaciones de los judíos franceses. El adversario imponía una unidad de destino, y quizá también de causa, a todos los judíos. Pero fue el adversario quien quiso separar a los judíos franceses del resto de los franceses, y la reacción de los judíos franceses determinados a luchar fue la de Bloch: participaron en